

PEDAGÓGICAS

III



El maestro «Rey»



UESTRA ideología está basada en respetar la libre iniciativa del individuo, en fomentar la responsabilidad y el interés, a fin de anular la autoridad que deprime y despersonaliza. Pero, ¿hacemos lo posible para formar al individuo de responsabilidad consciente y de iniciativa siempre fresca?

Examinemos las escuelas, todas las escuelas, y veremos al reverso de la medalla plasmado en la realidad; al niño se le somete, se le manda sin tener en cuenta para nada sus gustos ni sus necesidades. El Maestro con su mentalidad adulta, traza un programa de trabajo, más o menos árido, más o menos agradable, pero en el que no han intervenido la voluntad ni el interés de los educandos. Es así como el maestro deviene en rey absoluto de la grey infantil, como se mata la iniciativa del niño, tan rica en matices y tan afluyente y varía en el hacer.

¿Cómo han de ser libres los hombres, si en cuanto empiezan a vivir, los maestros y los padres a una, van sofocando todo el fuego de sus inquietudes y deseos, con imposiciones y mandatos?

Si habituamos al niño a trabajar únicamente por órdenes, sin que se le haga comprender la significación del trabajo que va a realizar, sin que haya sentido una necesidad interior que enlace su esfuerzo con el fin que deseamos alcanzar, conseguiremos hacer del niño un autómatas, que tal vez sepa obedecer, pero que no sabe querer.

Aspiramos a la creación de una sociedad con intereses comunes, regulada por la cooperación de todos, en la que sus miembros puedan exponer su opinión, su iniciativa. Mas, ¿qué hacemos para conseguirlo? Someter a los niños durante varios años a la voluntad soberana del profesor. Y es que hasta ahora nos hemos preocupado sólo de la reivindicación de los mayores, y hemos olvidado por completo la manumisión del niño, que es precisamente la más importante. Los jesuitas han sabido comprender mejor la importancia que la educación y el hábito tienen en la infancia, cuando dicen: «Dejadme el niño hasta los seis años y luego haced lo que queráis de él».

De sobra sabemos que el ejemplo tiene infinitamente más valor que las palabras, que los conceptos que queremos enseñar. Por lo mismo, si en la

escuela pretendemos inculcar principios de libertad y personalidad y a la vez el niño está *sometido* al mismo que se los enseña, caeremos en la contradicción más deplorable.

¿En la Escuela Moderna se libertó al niño de la soberanía del educador, basando la enseñanza en las iniciativas y deseos de los alumnos? No. Entonces era prematuro. No se tenía un conocimiento científico y exacto de la Psicología del infante. Ciertamente habían dejado oír su grito de protesta, teóricos como Rousseau y Ellen Key, contra la tiranía ejercida sobre los niños y dejaban sentada la base de su liberación; pero esto se hacía de una manera intuitiva y filosófica. Era preciso, para llegar a reivindicar la escuela de su pasado rutinario y deprimente y emancipar al niño de la soberanía del maestro, los ensayos y estudios biológicos de Fisiología y Psicología experimental, llevados a efecto en los últimos treinta años.

¿Nos hallamos hoy en condiciones para establecer una enseñanza libre, alejada de toda imposición y orientada solamente por el interés de los educandos? Sí. Apoyada por las ciencias psicológica y fisiológica, el arte de educar va progresando rápida e incansablemente. Métodos y sistemas pasan velozes al mundo del olvido, con sus programas rígidos y su panacea educadora.

La escuela ha estado al margen de la vida en el transcurso de los siglos; por ello la escuela ha sido siempre antivital, desnaturalizada. Mas la concepción actual de la escuela ha cambiado considerablemente. Se funde con el proceso vital y lleva en sí las inquietudes y deseos que orientan y apasionan a la sociedad de su ambiente. Se quiere que la nueva escuela vaya anexa entrañablemente a la vida, que sea su mismo reflejo.

Y bien: ¿hacemos algo en la vida que no obedezca al imperativo de una *necesidad*?

Cuando somos libres, toda nuestra conducta se mueve siempre para dar satisfacción a las necesidades que sentimos. ¿Puede apartarse a la escuela de esta ley biológica, que es móvil de todos los seres, sin cometer un crimen de lesa humanidad? No. Y no obstante así ha venido ocurriendo y ocurre todavía en casi todas las escuelas del mundo.

¿Qué hacer ante un estado y una organización escolar tan deficientes?

Crear la escuela «Activa», en la real acepción de la palabra. Es activo lo que hacemos, lo que reali-

zamos con interés sugerido por nuestra propia necesidad, lo que responde a satisfacer un imperativo interno; no lo impuesto desde fuera. En este caso habrá movimiento, movimiento automático y molesto.

La escuela activa, a la que Claparède llama «funcional», que tiene sus raíces en las leyes del interés y que respeta y estimula la iniciativa libre del niño, no tiene métodos, sistemas ni limitaciones de ninguna clase. Está en constante marcha, abierta a todos los aires, a todas las innovaciones superativas, mientras no se opongan a la íntima naturaleza del niño. Pero otro día trataremos de describir la trayectoria que la escuela activa ha seguido en sus balbuceos, ensayos y consolidaciones. Hoy es preciso que meditemos sobre el estado actual de

nuestra escuela, con objeto de conceder a la enseñanza de nuestros hijos la importancia vital que a nuestro juicio requiere.

El niño es inteligente, activo, inquieto y lleno de intereses, trabajador incansable y constante interrogador. Pero al llegar a la escuela ha de aherrar todas esas potencias naturales y someterse a la omnímoda voluntad del Maestro. Si efectivamente amamos al niño y queremos aumentar su bienestar y cooperar en su superación, debemos empezar por libertarlo. Maestros, padres y hombres conscientes todos, tenemos el derecho de fijar la atención en este vasto problema de la enseñanza, con objeto de evitar siga siendo, la escuela, anuladora de iniciativas y centro de aniquilamiento mental.

FÉLIX CARRASQUER